



PARROQUIA PADRE NUESTRO



Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

Num.1185 XX Domingo T.O 2020.08.16

DIOS DE TODOS, SIN EXCEPCIÓN

La escena es sorprendente. Una mujer pagana sale gritando al encuentro de Jesús. Es una madre de fuerte personalidad que reclama compasión para su hija enferma, pues está segura de que Dios quiere una vida digna para todos sus hijos e hijas, aunque sean paganos, aunque sean mujeres.

Su petición es directa: *«Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija está atormentada por un demonio»*. Sin embargo, su grito cae en el vacío: Jesús guarda un silencio difícil de explicar. ¿No se conmueve su corazón ante la desgracia de aquella madre sola y desamparada?



La tensión se hace más insoportable cuando Jesús rompe su silencio para negarse rotundamente a escuchar a la mujer. Su negativa es firme y brota de su deseo de ser fiel a la misión recibida de su Padre: *«Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel»*.

La mujer no se desalienta. Y, desde el suelo, repite su petición: *«Señor, socórreme»*. En su grito está resonando el dolor de tantos hombres y mujeres que no pertenecen al grupo de aquel Sanador, y sufren una vida indigna. ¿Han de quedar excluidos de su compasión?

Jesús se reafirma en su negativa: *«No está bien echar a los perros el pan de los hijos»*. La mujer no se rinde ante la frialdad escalofriante de Jesús. No le discute, acepta su dura imagen, pero extrae una consecuencia que Jesús no ha tenido en cuenta: *«Tienes razón, Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de los amos»*. En la mesa de Dios hay pan para todos.

Jesús reacciona sorprendido. Escuchando hasta el fondo el deseo de esta pagana, ha comprendido que lo que pide es exactamente lo que quiere Dios: *«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas»*. El amor de Dios a los que sufren no conoce fronteras, ni sabe de creyentes o paganos. Atender a esta mujer no le aleja de la voluntad del Padre, sino que le descubre su verdadero alcance.

Jesús no es propiedad de los cristianos. Su luz y su fuerza sanadora son para todos. Es un error encerrarnos en nuestros grupos y comunidades, apartando, excluyendo o condenando a quienes no son de los nuestros. Sólo cumplimos la voluntad del Padre cuando vivimos abiertos a todo ser humano que sufre y gime pidiendo compasión.

Lecturas: Is. 56,1.6-7/Pablo. 1,13-15.29-32

Mt. 15, 21-28

En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

—Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

—Atiéndela, que viene detrás gritando.

Él les contestó: —Solo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella se acercó y se postró ante él diciendo: —Señor, ayúdame.

Él le contestó: —No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos. Pero ella repuso: —Tienes razón, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió: —Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees. En aquel momento quedó curada su hija.

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación.

La presencia de Jesús en Tiro y Sidón va a posibilitar esta bella página de fe. Tenemos que ampliar nuestra capacidad de sorpresa y de admiración. Dios puede actuar allí donde podría parecer imposible. De la oscuridad más profunda puede brotar la luz radiante de la fe.

Nos preguntamos.

Esta mujer extranjera del evangelio nos puede hacer reflexionar sobre cómo tratamos a los extranjeros, a los inmigrantes, a los no cristianos ¿cómo es nuestra actitud ante estos hermanos nuestros? ¿De qué forma puedes dar tú testimonio del amor de Dios ante las personas que no creen en Él?

Nos dejamos iluminar.

En la Sagrada Escritura encontramos textos que parecen reducir la salvación de Dios al pueblo de la promesa y otros textos que indican esa universalidad de la salvación que este evangelio de hoy finalmente, proclama en la figura de esta mujer. No es que Dios cambie, cambia la comprensión que los hombres tenemos de Él. La voluntad de Dios es clara, Él quiere la salvación de todos. No excluyamos a nadie, por favor, del amor y la salvación de Dios.

Seguimos a Jesucristo hoy.

Seguir a Jesús, dar testimonio de Él ante nuestro mundo significa estar muy unido a Él. No se puede ser testigo de Jesús a la intemperie, necesitamos sentirnos miembros de una comunidad, la Iglesia, y necesitamos sentirlo. Nuestra mujer del evangelio de hoy nos enseña cómo la oración puede ser cercana, sincera, directa: «Señor ayúdame».